

del mundo, estaréis también tendidos sobre otro lecho, el de la tumba, y dormiréis otro sueño, el de la muerte. «Pero,—dijo el Señor,—los muertos escucharán mi voz, y su despertar será el despertar supremo, el despertar a la luz, a la gloria, a la vida: *Venit hora quando mortui audient vocem Filii hominis; et qui audierint, vivent.*»

Será el glorioso despertar de los vencedores llamados a la corona. *El procedent qui bona fecerunt;* el despertar de una hermosa mañana de distribución de premios, el despertar definitivo que se llamará resurrección, y que mostrará a nuestros ojos el nuevo y feliz día de la inmortalidad.

MONSEÑOR BAUNARD

## UNA FUNDACION QUE CUMPLE MIL AÑOS

Apenas hay institución más conocida en el mundo que la del «Gran san Bernardo,» monasterio-hospedaje situado en el punto culminante del camino que va del cantón del Valais en Suiza al valle de Aosta en Italia cruzando la gran cadena de los Alpes. Pues, bien, el *Hospitium* del «Gran san Bernardo» acaba de celebrar el milésimo aniversario de su fundación, la cual, según el cómputo más reciente, fue llevada a cabo por Bernardo de Mentón el año de gracia de 923. El centro de la *National Geographical Society* de los Estados Unidos consagra al secular monasterio y al temible paso en que está situado un boletín, que dice en parte lo que sigue:

«El paso del Gran san Bernardo a través de los Alpes entre Suiza e Italia es en Europa el punto más alto que es habitado por el hombre durante todo el año. En este sitio, a 8.500 pies sobre el nivel del mar, con estar tan vecino de la Italia acariciada por el sol, los monjes que cuidan de la hospedería viven en un clima semejante al del archipiélago de Spitzberg. El mercurio no alcanza arriba de 48° (fahrenheit), en verano y, en invierno, cae algunas veces hasta 40° bajo cero. El lago, a cuya orilla se levantan los edificios del monasterio, frecuentemente permanece helado todo el verano. El paso, que fue una de las rutas más re-

motamente conocidas al través de los Alpes, conservó su grande importancia hasta que el camino de hierro, con su gigantesco servicio de túneles, lo relegó a la condición de una senda poco transitada. Roma se utilizó de este paso durante centurias para mantener su dominación sobre la Galia y las provincias teutónicas. El primer camino elevado se dice fue construído a través del desfiladero el año 47 antes de J. C. En la edad media, Carlomagno, Federico Barbarroja y otros muchos gobernantes y generales llevaron sus fuerzas al través del célebre paso. Jugó un papel de gran valor estratégico en 1800 cuando Napoleón condujo por ahí un ejército hacia el campo de Marengo.

«Luégo que Roma perdió el poderío secular y lo trocó por el predominio espiritual, el paso llegó a ser frecuentado por los peregrinos que lo atravesaban para ir a visitar los santuarios de Italia. No se vieron libres de las asechanzas y asaltos de los bandidos, además de que, sorprendidos a menudo por las tormentas, perecían a centenares. Entonces para ofrecer allí un amparo, Bernardo de Mentón, monje de Aosta, ciudad fronteriza del extremo sur del desfiladero, fundó en una cresta del monte el famoso *Hospitium*. Una dádiva del hospicio de san Bernardo al mundo es su gran casta de hermosos perros lanudos que tántos servicios han prestado para merecer ser contados como los *Abú-Ben-Adhems* del reino de los canes. Ellos rondan el paso después de las borrascas, llevando pendientes del cuello saquitos con pan y vino. A muchos viajeros han librado de perecer. El más famoso de todos, *Barry*, salvó 40 personas.»

Un poco más tarde, y también con el mismo fin, fundó Bernardo de Mentón el «Pequeño san Bernardo» en las escabrosidades de los Alpes Grayos. Entrambos monasterios, el Grande y el Pequeño san Bernardo, los confió a los religiosos de la Orden de san Agustín, quienes se han señalado en aquellos parajes por su heroica caridad. Los cuarenta monjes que actualmente habitan los dos monasterios continúan la obra practicada por sus antecesores en 10 siglos. Bernardo de Mentón, venerado, desde el siglo XII, fue canonizado en 1681; su cabeza se guarda en Monte Joye, en la diócesis de Aosta. ¡Honor a su memoria!